

---

---

## LIBRO SEGUNDO.

### EL IMPERIO.

---

#### CAPÍTULO I.

##### CONSIDERACIONES GENERALES.

---

###### § I.—La unidad del Imperio.

El templo de Jano ha sido cerrado tres veces desde la fundación de Roma hasta el reinado de Augusto. Augusto muere, y Tiberio abre la serie de los emperadores monstruos. Dirémos con *Montesquieu*: «Aquí es donde debemos contemplar el espectáculo de las cosas humanas. Véanse en la historia de Roma tantas guerras emprendidas, tanta sangre vertida, tantos pueblos destruidos, tantas acciones grandes, tantos triunfos, tanta política, sabiduría, prudencia, constancia, valor; ese designio de invadirlo todo, tan bien formado, tan bien sostenido, tan bien llevado á cabo, ¿á qué ha conducido más que á satisfacer la felicidad de cinco ó seis monstruos?» *Montesquieu* ha escrito estas desoladoras palabras en un momento de desfallecimiento que se explica cuando se piensa en los crímenes y en los desenfrenos con que se mancharon los señores del mundo. El mismo ilustre escritor reconoce que «el Imperio romano sirvió de mucho para el establecimiento

del cristianismo» (1). Hoy, que el dogma de la intervención divina en las cosas humanas ha llegado á ser una creencia general, nadie duda ya que las guerras seculares de Roma hayan tenido un fin providencial. La misión confiada á los pueblos es generalmente un secreto para aquellos que son llamados á cumplirla; pero la posteridad, que ve los resultados de los acontecimientos, que se aprovecha de los trabajos de los siglos pasados, distingue, en medio de los sufrimientos y de las agonías de las generaciones extinguidas, la ley del desenvolvimiento de la humanidad.

El Imperio romano es la tentativa mayor que se ha hecho para constituir la unidad del género humano. Si se tiende una mirada por el mundo al advenimiento de Roma, se admira uno del inmenso progreso que realizó ésta en el camino de la unidad. Los pueblos vivían en un salvaje aislamiento; la civilización precoz que se había desarrollado en Asia había permanecido extraña á los Bárbaros que cubrían la mayor parte de la Europa; el Oriente y el Occidente eran como dos mundos aparte, desconocidos el uno para el otro. La dominación persa empezó á establecer lazos entre las naciones asiáticas, pero apenas pasó del Oriente. En cuanto á la monarquía universal fundada por Alejandro, no duró más que un relámpago; bajo sus sucesores, una espantosa anarquía desoló el Asia y la Grecia. Los Bárbaros del Norte y del Occidente de la Europa no respiraban más que carnicería; la sangre que en otras partes se vertía por ambición, ellos la vertían por gusto. Por tanto, no existía ninguna relación entre los hombres más que en el campo de batalla. ¡Qué prodigioso cambio después de los ocho siglos de la República romana! Las barreras levantadas por el aislamiento, el odio y el orgullo caen: las Galias, la España, la remota Bretaña hablan la lengua de Roma, son sometidas á las mismas leyes, avanzan con igual paso hacia la civilización; los Griegos llegaron á ser los conciudadanos de los habitantes del Asia, del Africa y del Norte á quienes despreciaban como Bárbaros: la guerra, que antes desgarraba todas las ciudades, es rechazada á las extremidades del Imperio; existen relaciones pacíficas y regulares entre naciones que no se

(1) MONTESQUIEU, *Grandezas y decadencia de los Romanos*, c. 15, 16.

conocían ni aún de nombre. Si nos parásemos en la superficie de las cosas, ¿no creeríamos que Roma ha realizado lo que todavía no es para nosotros más que un ideal, la asociación de los pueblos bajo la ley de la paz? No habían llegado los tiempos á su madurez para esta grande obra. La unidad del Imperio no fué más que una unidad material, pero preparó una unidad más profunda; la alianza de los pueblos no fué más que una sumisión de todos á un mismo señor, pero dió principio á la fusión de las razas; la paz fué una paz aparente, pero á su sombra se formó una doctrina que establecerá la paz verdadera.

La unidad del Imperio tenía su principio en la conquista. Habiendo llegado á una época en que las naciones más poderosas caminaban á una próxima ruina, los Romanos realizaron los proyectos de dominación, que habían sido incesantemente el ensueño de los conquistadores. Pero la decadencia fatal de la sociedad antigua invadió también á los señores del mundo; así fueron una presa fácil para los pueblos del Norte. Sin embargo, la idea de una monarquía universal, que los emperadores habían realizado durante siglos, era tan imponente, que llenó á los Bárbaros de admiración y respeto; sobrevivió al naufragio de la antigüedad. Cuando Carlomagno reunió bajo sus leyes casi toda la Europa, creyó poder ocupar el lugar de los emperadores de Occidente y ejercer sus derechos. A estas pretensiones debió su origen el imperio romano de Alemania. El emperador representaba la unidad temporal del mundo católico; un Dios, un papa, un emperador, tal era la teoría de la Edad Media. Esta unidad tenía tanto prestigio, que pasó de los hechos á la doctrina; la monarquía universal fué el ideal de los escritores políticos. Esta falsa concepción no ha sido abandonada hasta después de las desgraciadas tentativas de Carlos V y de la casa de Austria. La filosofía moderna, teniendo en cuenta á la vez la unidad y la variedad que reinan en la creación, ha concebido el pensamiento de organizar el género humano según el principio de asociación.

El imperio es, pues, la imagen y el origen de esa monarquía universal, por tanto tiempo ambicionada por los conquistadores é idealizada por los políticos. Contemplemos el espectáculo de la unidad fundada por la conquista: es único en la historia. Aún

cuando la tentativa haya fracasado, no por eso es ménos instructiva. La dominación romana es aún más importante por sus consecuencias lejanas que por sus resultados inmediatos. La estudiaremos bajo todos sus aspectos.

Los emperadores se llamaban y se creían los señores del universo. Oigamos á los poetas celebrar la gloria del fundador del Imperio:

«El Imperio de Augusto comprenderá toda la tierra habitable; el mar mismo será su esclavo.»

«Desde que César nos manda, el sol nace y se pone en el Imperio romano.»

«El Imperio romano no acaba más que donde acaba el mundo.»

«Roma es la ciudad que, desde lo alto de sus siete colinas, vigila al universo; es la capital del Imperio y la mansión de los dioses» (1).

Hoy, que se han descubierto nuevos continentes, hay que rebajar mucho de las pretensiones del pueblo rey. Aún dejando á un lado la América y la Oceanía, estaban muy lejos los Romanos de poseer la tierra conocida de los antiguos. Había fuera del Imperio todo un mundo que los Romanos despreciaban y del que aparentaban desconocer hasta la existencia. Los Bárbaros cubrían el norte de la Europa y del Asia. La dominación romana se detenía en el Rin y el Danubio; de las islas de esta parte de la tierra los romanos no ocupaban más que la Bretaña, cuya parte meridional habían reducido á provincia; la Irlanda, la Suecia, la Dinamarca les eran desconocidas. En Asia, el Eufrates formaba el límite del Imperio. Trajano extendió el poder romano en Europa y en Asia, pero Adriano abandonó sus conquistas; el Danubio y el Eufrates siguieron siendo los límites del Imperio. Así, casi todo el Oriente, los inmensos imperios de los Partos, de la India, de la China y el África, á excepcion de las costas del Norte, quedaron fuera de la dominación de Roma. Era, pues, una exageración del orgullo, ó un efecto de la ignorancia, el confundir el Imperio con el universo. Si después de las guerras continuadas

(1) OVID., *Metamorph.*, xv, 830 y sig.; *Fast.*, II, 136, 684; *Fast.*, v, 69 y sig.—  
C. PLIN., H. N., xxvii, 1: «*Una cunctarum gentium in toto orbe patria.*»

sin descanso durante ocho siglos, los Romanos, colocados en las circunstancias más favorables para extender una dominación poderosa, no han podido conquistar más que una pequeña parte de esta tierra, de que se vanagloriaban de ser señores, ¿quién se atrevería á aspirar á la monarquía universal?

Áun dentro de estos límites distó mucho la unidad romana de ser completa. Dos civilizaciones se encuentran en presencia la una de la otra: la civilización griega, extendida por toda la Grecia, el litoral del Mediterráneo y una parte del Asia, y la civilización romana, hija de la primera. Al extender los Romanos sus conquistas, extendieron también el uso de la lengua latina. En Italia no quedó vestigio alguno de los antiguos dialectos. Apenas fueron sometidos los Bárbaros, su espíritu, abierto á todas las impresiones, recibió con avidez las enseñanzas de Roma. La lengua de los vencedores fué la lengua de África, de España, de las Galias, de Bretaña y de la Panonia. Insensiblemente la influencia de la educación inspiró sentimientos romanos á los habitantes de aquellos países, que habían combatido tanto tiempo por su independencia. Las provincias latinas adoptaron las leyes y costumbres de Roma; mantuvieron la gloria del nombre romano, tanto en las letras como en las armas. La situación de los Griegos era muy diferente. El helenismo tenía demasiada vida, demasiado poder para ser absorbido por el elemento latino. La Grecia había iniciado á los Romanos en la vida de la inteligencia. ¿Cómo había de abandonar su armonioso lenguaje por un idioma seco y prosaico, una literatura rica y nacional por una literatura pobre y extranjera? Los Helenos tenían demasiada vanidad para adoptar ni aún las mejores instituciones cuando provenían de los Bárbaros. Afectaban despreciar las groseras costumbres de los Romanos. Desde Dionisio de Halicarnaso hasta Libanio, ningún crítico griego hace mención de Virgilio ni de Horacio; ignoran que haya más poetas que los de Grecia (1).

Así, pues, había en el Imperio dos elementos, si no hostiles, á

(1) GIBBON, *Historia de la decadencia del imperio romano*, c. 2.—PLUTARCO confiesa su ignorancia de la lengua latina (DEMOSTH., c. 1).—ESTRABON tampoco tenía más que un conocimiento incompleto de la lengua de Roma (KORAY, *Prolegom.*, p. 65).

lo ménos diversos, y entre los que no había fusión posible. Esto era un gérmen de excisión. Más tarde ó más temprano debía separarse la Grecia de Roma y romperse la unidad del mundo romano. La Roma católica continuó la obra de la Roma pagana; pretendió tener de su parte la palabra del Hijo de Dios. Esta autoridad divina fué aceptada por el mundo latino, mientras que los Griegos se negaron siempre á someterse á ella. El cisma puso completamente de manifiesto la oposición de la civilización griega y de la civilización romana; resistió á la mayor de las influencias, la necesidad y el deseo de conservación; los Griegos prefirieron la muerte de su nacionalidad al yugo de Roma.

Áun existían otras causas de división en el Imperio. Por poderosa que fuese la fuerza de asimilación de Roma, no pudo destruir todo recuerdo de nacionalidad entre los vencidos. Mientras Roma fué fuerte y temida, estos sentimientos permanecieron ocultos; no esperaban para manifestarse más que una ocasión propicia. En la segunda mitad del siglo III se manifestó en casi todas las provincias del Imperio un movimiento hácia la independencia: es el período de anarquía conocido bajo el nombre de *Reinado de los treinta tiranos*. Habíase visto más de una vez á las legiones proclamar un emperador en Oriente y en Occidente, mientras que los pretorianos nombraban otro en Roma; pero las poblaciones no tomaban parte alguna en estas sublevaciones militares. No sucedió lo mismo con las insurrecciones que organizaron los gobiernos locales, tan impropriadamente calificados de tiranías. Se vió casi á un mismo tiempo nombrar césares en las Galias, la Panonia, la Iliria, la Grecia, el África, el Egipto y el Oriente; las legiones participaron de este movimiento, pero, en cuanto puede conjeturarse por las confusas narraciones de los autores de la *Historia de Augusto*, las provincias incitaron á la sedición y aún tomaron la iniciativa en la proclamación de los emperadores (1). Era la época de la primera invasión de los Bárbaros; los pueblos, conociendo que Roma no estaba ya en estado de defenderse, trataron de concentrar sus fuerzas alrededor de poderes nacionales, para conservar su liber-

(1) El historiador lo dice positivamente de los Galos y de los Isaurios (TREBELL. POLL., *Trig. Tyr.*, c. 2, 25).

tad. El historiador de los treinta tiranos dice que los Césares galos fueron enviados por los dioses, á fin de impedir que los Germanos invadiesen el Imperio. Lo que los jefes de los Galos habian hecho en Occidente, Odenato y la célebre Zenobia lo hicieron en Asia. El emperador Aureliano, el vencedor de Zenobia, reconoció que el mantenimiento de la dominacion romana en Oriente se debía á su valor, á su prudencia (1).

Estas insurrecciones provinciales eran un esfuerzo instintivo de los diversos pueblos confundidos en el Imperio para recobrar su independencia. La tentativa era prematura; no habian llegado los tiempos en que pudieran fundarse las nacionalidades. Era preciso que ántes la invasion de los Bárbaros destruyese el mundo antiguo, que los pueblos del Norte se estableciesen en las provincias conquistadas y que formasen nuevos estados; solamente despues de una existencia secular, durante el largo período de la Edad Media salieron estas pequeñas sociedades de su aislamiento y empezaron á reunirse y á formar núcleos de naciones. La obra de la formacion de las naciones continúa todavía; solamente cuando esté ya realizada se podrá pensar en la union armónica de todos los miembros del género humano.

## § II. — Mision y carácter del Imperio.

La unidad del Imperio estaba radicalmente viciada. No hay más unidad verdadera que la fundada sobre la armonía de los intereses y de las simpatías de los pueblos. El lazo que unia á las naciones bajo la dominacion de Roma era puramente material, exterior. Este orden aparente ocultaba el desorden profundo de elementos heterogéneos. Bajo la magnífica, pero engañadora unidad de la administración romana, germinaban los elementos de discordia, diversidades de raza, de lengua y de genio. Esta reunion de pueblos era un estado contra la naturaleza; de aquí la rapidez

(1) TREBELL., POLL., *Trig. Tyr.*, c. 2, 4, 29, 14.

con que se separaron del Imperio en la época de la invasion de los Bárbaros (1).

Habia en la unidad romana un vicio más profundo todavía. En vano pretendia Roma realizar la ciudad universal; los Bárbaros y los esclavos protestaban contra esta mentirosa unidad. Los Bárbaros, que poblaban los mercados de esclavos; los esclavos, más numerosos que la poblacion libre, ¿serán excluidos para siempre de la gran familia humana? La antigüedad así lo creía; por esto cayó para dejar paso á un mundo nuevo. Sin embargo, para esa inmensa revolucion no ha sido inútil la unidad del Imperio; ésta es su mision providencial y su título de gloria. Oigamos á Bossuet explicar los designios de la Providencia: «Dios, que habia resuelto congregarse en el mismo templo al pueblo nuevo de todas las naciones, ha reunido primeramente las tierras y los mares bajo este mismo imperio. El comercio de tantos pueblos diversos, en otros tiempos extraños los unos á los otros, y despues reunidos bajo la dominacion romana, ha sido uno de los medios más poderosos de que se ha servido la Providencia para propagar el Evangelio» (2).

La monarquía universal que intentó Roma era una obra imposible, porque es contraria á la naturaleza. Sin embargo, habia en esta tentativa como un instinto de la unidad que el género humano debe realizar bajo otra forma. El Imperio romano es una imagen grosera de la asociacion de los pueblos; aún cuando fundado en la violencia, produjo una parte de los beneficios que resultarán algun dia de la asociacion libre y pacífica de las naciones. A medida que los hombres se acercan, el círculo de sus ideas y de sus sentimientos se ensancha. El patriotismo mezquino de la antigüedad hizo lugar á un espíritu cosmopolita, al ménos dentro de la dominacion romana. Sigamos en sus detalles este movimiento civilizador que es el rasgo característico del Imperio.

Un historiador griego llama á Roma «la ciudad comun y filan-

(1) MICHELET, *Historia de Francia*, libro II, c. 3.

(2) BOSSUET, *Discurso sobre la historia universal*. Compárense las *Meditaciones sobre el Evangelio*, LXXII.—PASCAL (*Pensamientos*, II, 12, 6) y MONTESQUIEU (*Grandeza y decadencia de los Romanos*, c. 16) expresan el mismo pensamiento.